

Alma partida

Akira Mizubayashi



novela  La Escalera

COMIENZA A LEER...

AKIRA MIZUBAYASHI

“ALMA: sust. f. Música. *Alma de un instrumento de cuerdas*. Pieza pequeña de madera interpuesta, en el cuerpo del instrumento, entre la tapa y el fondo para mantener a igual distancia ambas partes y asegurar así la calidad, la propagación y la uniformidad de las vibraciones”.

Trésor de la langue française

“Ante la música de Schubert, a uno se le saltan las lágrimas sin primero cuestionar el alma: tan poco figuradamente y tan realmente nos invade. Lloramos sin saber por qué; porque todavía no somos como esa música promete, y en la innominada felicidad de que ella solo ha menester ser así para asegurarnos de que alguna vez nosotros seremos así”.

Theodor W. Adorno, *Escritos musicales*^[1]

RECOGIMIENTO

“Domingo, 6 de noviembre de 1938, Tokio.

Ruido seco y tajante de pasos de botas, que crece y disminuye. Alguien camina. Se detuvo... Vuelve a caminar... Se detuvo otra vez. Ahora está muy cerca. Me parece escuchar su respiración. Un ruidito de algo que entra en contacto con madera. ¿Acaba de apoyar algo sobre el banco? Estoy en la oscuridad, temblando de miedo. El miedo me da frío en la espalda. Silencio. De golpe, se rompe el velo de oscuridad. Un gran cuadrado luminoso irrumpe delante de mí. ¿Qué veo? Mis ojos ennegrecidos ven un inmenso cuerpo de hombre, de pie, erguido, vestido de uniforme militar caqui. No veo la cabeza ni los pies. Veo la parte delantera del uniforme con los botones bien alineados verticalmente, un pesado sable que le cuelga de la cintura, los brazos, las manos que salen de las mangas, las dos piernas hasta las rodillas como robustos troncos de árbol. La luz ilumina con crueldad mis pies calzados con medias de algodón verde que ya no puedo esconder. Al lado de mis pies petrificados, mi libro... cuya tapa blanca tiene bordada a cada lado una delgada raya anaranjada. El título en letras grandes negras se muestra sin vergüenza a la luz intensa: *Dime cómo vives*. Debajo del título está impreso en letras pequeñas el nombre del autor, y abajo, en un tamaño medio, el nombre de la colección a la que pertenece el libro: ‘Biblioteca de los pequeños ciudadanos’. ¿Lo va a agarrar? ¡Rápido, hay que adelantarse! No, es mejor que no me mueva... Una fracción de segundo después, apoyo mi mano derecha sobre el libro y lo tomo. Retiro suavemente mi mano temblorosa... Pasan algunos segundos interminables... No sé qué está haciendo, el cuerpo no se mueve ni un centímetro. Tengo miedo. Instintivamente, cierro los ojos. El silencio persiste. Vuelvo a abrir los ojos a medias. Se inclina entonces lentamente, muy lentamente, como si dudara, como si no estuviera seguro de lo que hacía. Ante mis ojos aparece una cabeza de hombre, con un quepis del

mismo color que el uniforme. A contra luz, está velado por una sombra densa. Del borde del quepis cae por detrás hasta los hombros una pieza de tela también caqui. Solo los ojos brillan como los de una gata al acecho en la oscuridad. Mis ojos, ahora bien abiertos, se encuentran con los suyos. Creo que puedo reconocer una sonrisa discreta que se dibuja y se expande alrededor de los ojos. ¿Qué va a hacer? ¿Me va a lastimar? ¿Me va a sacar a la fuerza de este escondite? Me acurruco todavía más sobre mí mismo. De repente, se inclina de costado y se agacha un poco, y enseguida se levanta con el violín arruinado en la mano, que seguramente apoyó, hace un instante, sobre el banco que está justo al lado del armario donde estoy refugiado. De golpe, se escucha una voz de hombre fuerte e insistente, que se acerca rápido:

—¡Kurokami! ¡Kurokami!

Gira maquinalmente la cabeza como si se preguntara de dónde viene la voz con exactitud, como si tratara de identificar al autor del llamado, mientras una crispación nerviosa le recorre el rostro.

Me entrega sin decir palabra el violín roto, casi aplastado que, con sus cuatro cuerdas dibujando un contorno abombado, se parece en la oscuridad a un pequeño animal agónico. No sé qué hay que hacer... dudo... pero, finalmente, tomo con temor el instrumento averiado con ambas manos.

—¡Kurokami! ¡Teniente Kurokami!

Se apura por cerrar la puerta, mientras me mira fijo una última vez. A la mirada inquieta y desamparada que me lanza, le sigue un esbozo de sonrisa que reprime rápido por la cercanía de quien grita su nombre desde hace un rato.

—¡Ah, acá estás! ¿Qué carajo estás haciendo, Kurokami?

Se van. No hay tiempo de remolonear.

—¡Sí, mi capitán! Perdóneme, verificaba si no se habían olvidado nada...

En la oscuridad del armario, escucho con claridad una dura voz de hombre que creo que es la del que gritaba hace un rato ‘¡Kurokami!’. Me sorprende escuchar el nombre Kurokami, porque nunca me había imaginado que ‘negro (*kuro*) pelo (*kami*)’ podía ser un apellido. El hombre articula palabras que no entiendo muy bien en un tono autoritario o como

alguien muy enojado. Me da miedo. Otra voz de hombre le responde de forma pausada, tranquila, casi dulce. ¿Es la voz del que me dio el violín?

Poco a poco las voces se alejan. Los pasos también. Me quedo en lo oscuro. Pronto no escucho nada más. O más bien, escucho a través de los largos túneles de mis oídos como el canto débil y obstinado de las cigarras que van a morir. Es el acúfeno, palabra que aprendí recientemente de mi padre. Es el ruido del silencio de algún modo. Miro por la cerradura. La sala está a oscuras por las cortinas negras cerradas, pero lo bastante iluminada por las luces de neón para convencerme de que ya no hay nadie. ¿Qué hora es? Todavía no debe ser de noche, pero empiezo a tener hambre. Aguzo el oído... y me digo que de verdad no hay nadie más. Entonces, levanto el pestillo lo más suavemente posible y, entreabriendo la puerta, trato de no provocar ningún ruido. Pero rechina... ¡Silencio!, me digo, espero un poco... Nada nuevo, está siempre igual de silencioso. Ya no hay nadie. Me pongo los zapatos de tela que me había sacado para no hacer ruido. Salgo de mi escondite, con el violín arruinado en las manos y mi libro en el bolsillo del pantalón. Doy unos pasos tímidos, me cuesta caminar, ¡ah!, tengo hormigas en las piernas. Me detengo. Espero tres segundos. Sigo caminando. Cruzo la gran sala y me acerco a la salida. Empujo, con todo mi cuerpo, la pesada puerta de entrada. Ahora estoy de pie frente al edificio del Centro Cultural Municipal. Alzo los ojos al cielo. El día se está yendo. Empieza a oscurecer. Me siento solo, desamparado. Tengo un nudo de lágrimas en la garganta. Una fuerza negra, enorme, me aplasta y proyecta sobre mí sombras sin forma, opresivas. La gente pasa por la calle. Patrullan algunos soldados de la policía militar, con el fusil al hombro. No veo un solo chico a mi alrededor. ¿Dónde se habrá metido papá? ¿Va a volver aquí? ¿O regresará directamente a casa? Tomo la calle que va a mi casa. Acelero el paso... llevo el violín destruido como un animal moribundo que quiero salvar a cualquier precio...”

Estoy de pie, plantado delante del altar del placard abierto por completo. Tengo los ojos cerrados. Siento detrás de mí el suave perfume de una presencia femenina. Bajo lentamente la sombría escalera del tiempo...

I

ALLEGRO MA NON TROPPO

Era una tarde de domingo tímidamente soleada. El chico, un colegial de once años, leía solo en un banco con respaldo en la gran sala de reuniones del Centro Cultural Municipal. Estaba concentrado en su libro. Nada parecía desviar su atención de las páginas que pasaba a intervalos regulares, tan absorto estaba en la historia que estaba siguiendo, en las palabras que saboreaba, inmóvil como una estatua. En cuanto a su padre, vestido con un simple saco gris, barría el suelo cubierto de pelusas por todas partes. Cuando terminó de hacer esa limpieza superficial, colocó dos atriles plegables que había traído de su casa uno al lado del otro.

—Y, Rei,^[2] ¿es interesante la historia de Coper?

Rei no se inmutó. Coper, sobrenombre que venía de Copérnico, era el personaje principal de su libro: un estudiante japonés de quince años. De hecho, lo llamaban Coper-kun agregando el sufijo *kun* que expresa afecto y simpatía.

—Mientras ensayamos, vas a poder seguir leyendo, pero ¡los vas a saludar cuando lleguen! ¿Me estás escuchando?

—Sí, papá.

El chico respondió en voz baja, tragando un poco de aire, sin levantar los ojos de su libro. El padre se dirigió al hall. Volvió tan rápido como había desaparecido por el pasillo, con dos grandes cajas de cartón vacías destinadas a transportar frutas, una color *kraft*, otra amarilla con un dibujo a un costado, que representaba una mandarina. Las puso en forma vertical, una detrás de otra, de manera que los atriles metálicos quedaron rodeados por las dos cajas. El padre se dirigió a su hijo:

—¿Por dónde vas?

—...

El padre levantó la voz.

—¡Eh! Rei, ¿por dónde vas de tu libro?

—Ay, perdón, papá... Eh... en la página de las estatuas de Buda de Gan... dha... ra...

Rei se trabó en la palabra “Gandhara”.

—Ah, es el momento en que el tío le explica a Coper-kun que fueron los griegos los que tuvieron la idea de hacer estatuas de Buda mucho antes que la gente de Asia. ¡Formidable ese pasaje!

—¡Pronto lo termino, qué lástima! —murmuró Rei mirando la delgadez de las páginas que le quedaban por leer.

—Entonces, ¿no te hizo llorar?

—Oh, sí, cuando Kitami-kun se las agarra con Yamaguchi para defender a Urakawa-kun. ¡Todo el mundo se burla de él, pobre!

—Yamaguchi y su grupo ponen en ridículo a Urakawa-kun por el *abura-agué* (tofu frito) que tiene todos los días en su *bento* porque sus padres son fabricantes de tofu. ¿Es así?

—Sí. Y hay otra escena: Coper no se anima a ponerse del lado de sus dos amigos... ¡La banda de los mayores los maltrata! ¡No lloré, pero estaba tan enojado con esos grandotes orgullosos! ¡Le ordenan a Kitami-kun que los obedezca! Si no, lo tildan de un alumno al que no le gusta su colegio, ¡un traidor!

—¡Ah, sí, una escena emocionante! ¿Pero no te gustó lo que sigue? Hay páginas hermosas sobre el sufrimiento de Coper justamente por su cobardía... ¡Y después su madre es tan amable con su hijo! ¿Sabías que la madre de Coper me hace pensar en la tuya?

—Sí, sí, cuando su madre le habla de lo que no pudo hacer por timidez o por falta de valentía en comparación con la abuela que subía las escaleras de un templo cargando un gran fardo en la mano... Me hizo llorar... Coper ya no tiene a su papá, a mí me falta mi mamá... nos parecemos un poco...

—Bueno, Rei, me gustaría mucho que hablemos los dos de este libro, cuando lo hayas terminado.

Rei, sumergido de nuevo en las últimas páginas del libro, no respondió.

En ese momento se oyeron ruidos de pasos en el hall. Un hombre de unos cuarenta años, más bien alto, rubio, entró a la gran sala. Vestía un traje

beige con un echarpe de algodón azul alrededor del cuello.

—Buenos días, Yu. ¿Cómo está? Estaba seguro de que lo encontraría aquí. Me había dicho que ensayaría esta tarde con sus amigos músicos...

—¡Ah! ¡Buenos días, Philippe! ¡Qué sorpresa! ¿Qué lo trae por aquí? No esperaba verlo hoy —respondió Yu en un francés un poco titubeante, pero perfectamente correcto.

—Eh...

—Tiene cara de preocupado, Philippe...

El visitante extranjero notó, por encima de los hombros de Yu, al chico que acababa de suspender su lectura y miraba con aire algo soñador a los dos adultos que conversaban.

—*¿Rei-kun, genki? ¿Naniwo yonderuno, sugoku omoshirosoodane, sono hon?* (¿Qué tal, Rei? ¿Qué estás leyendo con tanta pasión?) —le preguntó Philippe en un japonés completamente comprensible a pesar de una entonación que sonaba extraña al oído de Rei. Philippe, sin esperar la respuesta que Rei estaba por darle, miró a Yu a los ojos.

—Mi mujer y yo decidimos volver a Francia. La vida aquí se está volviendo difícil para mí... Pedí mi repatriación. La decisión del diario no debería demorar... En fin, me hubiera gustado hablar de todo esto con usted, pero ahora no tiene tiempo...

Yu miró su reloj.

—No, van a llegar de un momento a otro. ¿No puede venir a verme esta noche a casa? Si no mañana a la noche, si le viene mejor.

—Está bien, esta noche pasaré a verlo, pero un poco tarde, a eso de las once, once y media, si no le molesta —respondió Philippe, después de un instante de duda.

Las personas que Yu esperaba justo acababan de entrar a la sala. Dos hombres y una mujer, entre veinticinco y treinta años. Yu los saludó inclinándose y les dio un apretón de manos. Después de eso, les presentó a Philippe, agregando que era el corresponsal de un diario francés. Los amigos de Yu eran de nacionalidad china. El más joven de los tres se llamaba Kang (康). En la mano izquierda traía un violín en su estuche. La joven llamada Yanfen (砚芬) tocaba la viola y tenía un estuche un poco más grande que el de Kang. El último, que parecía mayor que los demás con su

barba y su frente despejada, traía gallardamente sobre los hombros una caja de violonchelo. Se llamaba Cheng (成). Los tres jóvenes músicos aficionados formaban parte de los pocos estudiantes chinos que no habían quedado atrapados dentro del estrecho punto de vista de un nacionalismo exacerbado frente a la animosidad recíproca, que se acrecentaba cada vez más desde el incidente de Manchuria en 1931, entre su Nación del Centro invadida y el Imperio nipón seducido por el expansionismo colonial.

—*Mizusawa-san, ¿kyowa oisogashii no dewa naidesuka?* (Señor Mizusawa, ¿tal vez está ocupado hoy?) —le dijo Cheng a Yu en un japonés fluido, con una sonrisa que se expandía por su amplio rostro.

Yu notó que Cheng lanzaba una mirada furtiva hacia su amigo periodista.

—*Iya, sonnakoto wa arimasen, Cheng-san. Filippusan towa atode hanashimasukara goshinnpai naku.* (No, no se preocupe, Cheng, estoy con ustedes. Con Philippe, ya tendremos nuestro propio tiempo más tarde). — Yu agregaba al final de cada nombre que pronunciaba el sufijo *san*, expresión de cortesía afectuosa en japonés, al igual que Cheng acababa de hacerlo con el apellido de Yu: Mizusawa.

—Voy a quedarme un momentito para escucharlos. No se preocupe por mí, Yu.

—Gracias, Philippe. Entonces nos vemos esta noche.

—Sí.

Yu se dirigió al cuarto trastero que estaba muy cerca del banco con respaldo. Sacó de allí dos taburetes y, de regreso, le dijo a su hijo ausente del mundo circundante:

—Rei, están aquí. ¡A saludar!

El hijo se levantó y miró a los tres chinos amigos de su padre que estaban sacando sus instrumentos.

—*¡Konnichiwa!* (¡Buenos días!) —dijo Rei con voz clara haciéndoles unas pequeñas reverencias.

Los músicos chinos le respondieron al mismo tiempo. Los hombres levantaron la mano para saludarlo, mientras que Yanfen le dedicó una hermosa sonrisa diciéndole que le daba curiosidad conocer el libro capaz de cautivar su atención con tanto poder. Rei se quedó sorprendido por la

belleza aterciopelada de la voz femenina y también por las palabras japonesas que articulaba de un solo soplo. Miró a la joven. Llevaba un vestido marrón oscuro que hacía resaltar las líneas de su cuerpo esbelto. Su rostro ovalado resplandecía de una blancura deslumbrante. Su pelo negro medio largo estaba atado detrás de su nuca desnuda. Sus ojos eran como dos joyas volcadas que reflejaban en todas direcciones el suave rayo de sol matinal. Sus labios sin maquillar se movían como hojas verdes que temblaban por el tibio viento de primavera. El mentón de la joven era el punto de partida de una misteriosa línea curva que terminaba por trazar la discreta redondez de su pecho.

Sorprendido por la indiscreción de su propia mirada, Rei trató de recuperarse y se volvió a sumergir rápido en su libro, donde su atención turbada no lograba encontrar el inicio de las líneas por leer.

Yu dispuso los taburetes delante de los atriles. Kang volvía en ese momento del cuarto trastero con otros dos taburetes que colocó al lado de las cajas. Yu, a su vez, sacó del estuche su violín que había dejado sobre el parqué entre el banco y un gran armario europeo de acajú esculpido del que se destacaba su presencia a la vez maciza y discreta. Después, maquinalmente, fue a guardar el estuche al trastero.

Ahora estaban sentados los cuatro, formando un semicírculo. Yu se encargaba del primer violín, Kang del segundo. A su lado, se encontraba Yanfen, con la viola. Finalmente, Cheng, el violonchelista, estaba casi en frente de Yu, a dos metros de distancia. Una vez que colocaron cada uno su respectiva partitura sobre el atril o sobre la caja, comenzaron a afinar sus instrumentos. De pronto, Yu se dirigió a su hijo como si recordara algo importante:

—Rei, perdón, ¿podrías correr las cortinas negras y encender la luz?

Rei, esta vez, reaccionó de inmediato.

—Es nuestra tercera sesión de trabajo, ¡pero seguimos siempre en el primer movimiento! —dijo Yu dirigiéndose a Philippe. Y se apuró por traducir al japonés para sus amigos chinos lo que acababa de decirle a Philippe en francés.

—¡Por suerte! ¡Tratamos de prolongar nuestro placer al máximo! —dijo riendo Cheng—. Nosotros no estamos apurados, ¿no es cierto?

Los cuatro rieron juntos con ganas. Philippe hizo lo mismo, animado por el buen humor de los músicos en el que le parecía percibir una dosis infinitesimal de inquietud mal disimulada.

—¿Arrancamos? —dijo Yu a los otros tres músicos.

Se hizo un largo silencio. Luego Kang señaló el comienzo a la viola y al violonchelista con un movimiento de cabeza muy leve de arriba hacia abajo, mientras Yu, colocando bajo el mentón su instrumento brillante por la luz pálida que descendía de las luces de neón del techo, esperaba su entrada inminente, con el arco todavía en el aire. Kang dibujaba en un pianísimo una melodía lánguida que se deslizaba muy suavemente sobre el chapoteo regular de las notas graves que interpretaban en conjunto Yanfen y Cheng.

Más que melómano, Philippe, que además tocaba el clarinete desde la adolescencia, reconoció de inmediato el comienzo del cuarteto de cuerdas en *la menor* opus 29 de Schubert, llamado *Rosamunde*. Deslumbrado por la belleza trémula de esa música que no había escuchado desde hacía mucho tiempo, se quedó inmóvil por varios minutos, sentado en el banco al lado de Rei, que, con el libro abierto, miraba fijo a su padre completamente absorto en las páginas desplegadas de la partitura. Pero, después de dar una ojeada a su reloj de bolsillo, se levantó con cuidado. Apoyó la mano delicadamente sobre la cabeza de Rei y le susurró al oído: “¡Bye bye, matane! (¡Hasta luego!)”. Después se acercó a la puerta en puntas de pie sin mirar a los músicos que estaban tocando. Antes de volver a cerrar la puerta, sin embargo, por apenas un cuarto de segundo, Philippe fijó su mirada penetrante e intensa en Yu que le respondió con una sonrisa casi imperceptible. En cuanto a los tres músicos chinos, se concentraban en sus partituras sin ser molestados por la salida discreta del periodista francés, mientras Rei, el colegial, ya se había vuelto a zambullir en su libro.

El cuarteto sino-japonés, recientemente constituido, no tenía nombre. Se había fundado bajo el único principio del placer musical compartido, más allá de cualquier otra consideración, olvidándose de todo lo que estaba por fuera de la música schubertiana, aislado del resto del mundo, atento a sí mismo y a los demás. A partir de entonces, cada uno de sus miembros avanzaba, paso a paso, en la exploración del primer movimiento de *Rosamunde*. La ejecución de ese inmenso movimiento requería de alrededor de un cuarto de hora. Hacía casi media hora que trabajaban arduamente, pero todavía no habían agotado todos sus esfuerzos, lejos de ello. Habían terminado de tocar la repetición. Sin embargo, no se sentían preparados para tocar la *seconda volta* y seguir avanzando. Yanfen propuso retomar desde el comienzo y detenerse cada vez que tuvieran la sensación de que algo no andaba bien.

—¿Qué les parece?

Con el sonido de la voz femenina, Rei, siempre sumergido en su libro, levantó la cabeza para mirar a la joven. Se preguntaba cómo y por qué ella podía expresarse *con tanta fluidez*, sin el menor acento, como una verdadera japonesa. Hablaba con tanta naturalidad, con tanta gracia, que le hizo sentir algo de sorpresa mezclada con admiración.

—A mí también me gustaría retomar desde el comienzo —dijo Kang con timidez—. No estoy del todo satisfecho con la exposición que estoy haciendo...

—La viola y el violonchelo proporcionan la base de la construcción con ese ritmo particular —intervino Cheng—: “*tá... takatakata....., tá... takatakata....., tá... takatakata.....*”. Tengo la impresión de que no estamos del todo unidos y ensamblados con Kang-san...

Cuando Cheng se encontraba con Kang y Yanfen en situación de diálogo en japonés, solía agregar el sufijo *san* a sus nombres. Apreciaba la civilidad y el sentimiento de igualdad amistosa que le parecía traducir ese sufijo.

—Sí, es eso —respondió Yanfen—. Me parece que tenemos que lograr crear cierta redondez en el volumen sonoro... Si las bases que plantamos no son sólidas, el primer violín no podrá asentar el tema principal que es absolutamente magnífico...

—Tiene razón, Yanfen-san —dijo Yu a su vez.

Prosiguió lentamente como si reflexionara mientras hablaba, mientras hacía que a sus labios llegaran las palabras que seleccionaba con cuidado.

—Creo que es necesario ponernos de acuerdo en el tempo a adoptar. Schubert anotó: “*Allegro ma non troppo*”. Para mí, debe ser lo suficientemente lento para marcar cierta gravedad, una gravedad inherente a la obra, pero no demasiado, justamente para no caer en un exceso de sentimentalismo.

—Hemos tocado demasiado rápido... —murmuró Cheng mirando a Yanfen.

—Sí, me parece que sí —respondió Yu.

Luego continuó:

—El tema que voy a tocar es para mí la expresión de la nostalgia por el mundo de antaño que se confunde con la infancia tal vez, un mundo en todo caso apacible y sereno, más armónico que el de hoy en su fealdad y su violencia. En cambio, escucho el motivo que presentan la viola y el violonchelo “*tá... takatakata....., tá... takatakata.....*” como la presencia obstinada de la amenaza preparada para invadir la vida aparentemente sin problemas. La melodía que introduce Kang-san traduce la angustiante tristeza que habita en el fondo de nuestro corazón...

—¡Ah, muy bien dicho, Mizusawa-san! —exclamó Kang.

El joven chino consideraba que la expresión empleada por Yu traducía a la perfección el sentimiento que lo habitaba con respecto al motivo inicial que debía bosquejar. “Angustiante tristeza” no dejaba tampoco a Yanfen indiferente: había recordado una melodía, obsesiva, la del extraordinario

acompañamiento del piano en *El rey de los elfos*. Pero se abstuvo de decirlo.

—¿Empezamos de nuevo? —propuso Cheng.

Los cuatro músicos se prepararon para volver a trabajar en el primer movimiento. Después de un largo silencio de varios segundos, Kang hizo al fin la señal para comenzar con un muy discreto meneo de cabeza. Sostenido por pequeños e inquietantes estremecimientos rítmicos ejecutados con mayor lentitud por la viola y el violonchelo, dibujado por la línea media ágil y fluida del segundo violín, el paisaje sonoro schubertiano aparecía esta vez nítidamente más marcado por una indecible tristeza.

“Do-mi-do-si-do-mi-la-mi, do-mi-do-si-do-mi-la-mi”

Entonces Yu se deslizó muy suavemente en la música y se apoyó sobre el basamento sonoro instalado pianísimo pero con solidez por los tres instrumentos: exponía soberanamente el primer tema con una belleza estremecedora.

“Mi~~~do~la~~, do~si~~~~re-do-si-do-si-la-~do~si~~~~sol#
~do~~~la~re~~re#~~mi~~~”

Yu tocaba con los ojos cerrados como si la concentración interior separada de todo el universo circundante lo ayudara a penetrar con la mayor profundidad posible en la materia sonora. Una vez que terminó de exponer el tema, volvió a abrir los ojos y les propuso a sus compañeros de equipo, con aire sonriente, sostener el impulso y proseguir.

Así, el cuarteto interpretó de un tirón todo el comienzo del primer movimiento y en el momento en que encaraba la *seconda volta*, los cuatro músicos se detuvieron naturalmente como si se hubieran puesto de acuerdo de antemano.

—Me parece que salió mucho mejor... —dijo tímidamente Kang.

—Sí, salió muy bien, creo. ¡Siento un verdadero placer al participar en el trabajo en común! —señaló Yanfen, entusiasta, poniéndose un poco colorada.

—No logré muy bien el tema modulado en mayor —dijo Yu rascándose la cabeza con la mano derecha liberada del arco.

—Pero sí, no estaba mal, Mizusawa-san —se apuró a decir Kang.

—¡Es un momento de bella confusión! Y creo que yo no estaba a la altura...

—¡Es cierto, ese cambio de tonalidad es magnífico! —exclamó Cheng—. Es como si el paisaje súbitamente se iluminara por un momento...

El cuarteto sino-japonés siguió así alrededor de una hora más hasta haber interpretado a toda costa el primer movimiento íntegro. Cuando el primer violín retomó el gran tema melancólico para recorrer los últimos veinte compases, cada uno de los cuatro miembros del cuarteto sentía en su fuero interior que escalaban juntos un camino ascendente hacia una cima vertiginosa. Pasando de fortísimo a pianísimo, y de nuevo a fortísimo, los dos violines ultimaban su cuadro de la soledad melancólica, mientras que la viola y el violonchelo se encargaban en conjunto de una base enérgica, siempre amenazadora y gradualmente ascendente. Finalmente, cuando cayeron sobre los últimos acordes en *la* menor, hubo un largo momento de silencio seguido de un suspiro de alivio y una sonrisa de satisfacción.

—¡Uf! —exclamó Yu—. Titubeamos un poco en el camino, pero de todos modos pudimos llegar hasta el final.

Una ligera sonrisa se esbozaba en su rostro. En su frente surcada por arrugas horizontales se asomaban algunas gotas de sudor. Sugirió una pausa.

—Sí, por favor —respondieron al mismo tiempo Cheng y Kang.

—¿Hacemos té?... Voy a calentar el agua —anunció Yu.

Fueron al cuarto trastero para dejar sus instrumentos.

—Mizusawa-san, yo lo hago —dijo Yanfen con voz clara y cantante.

Después de haber guardado su instrumento en el estuche, la joven china, llevando en la mano una pequeña caja de té que Yu le había confiado, se dirigió hacia el sector cocina de la sala que se encontraba en el lado opuesto al cuarto trastero.

Cuando Yanfen volvió con una gran tetera blanca, Yu había puesto cinco tazas de té desparejas sobre un cuadrado de tela azul marino que cubría las dos cajas que oficiaban de atril.

—No tengo mucha azúcar. ¿Quién quiere?

—Yo —respondió alegre Rei que acababa de cerrar su libro otra vez.

Yanfen vertió el té en las tazas. En medio de la mesa improvisada, había un plato con masas dulces.

—Sírvanse —dijo Yu sin ceremonias.

—Pero, a pesar de todo, ¡qué música increíble! —declaró Kang.

—Sí, de verdad —asintió Cheng mientras tomaba una masa diciendo: “*Itadakimasu*”.^[3]

—La soledad del poeta Schubert que cae en una melancolía abismal frente a la violencia del mundo desmadrado, es algo... Me apropio, como Kang, de la fórmula de Mizusawa-san que me llega directo al corazón —afirmó Yanfen.

Y ella continuó su observación agregando que la tristeza de la melodía, al sonar por encima o al lado de la sorda inquietud expresada por la base, era sin dudas uno de los rasgos característicos de la escritura de Schubert que solía encontrar con bastante frecuencia en sus últimas sonatas para piano.

—Yanfen-san, ¿toca también el piano? —preguntó Yu.

—Sí, en China lo hacía con regularidad. Pero ahora ya no. No tengo piano en Tokio.

—La melancolía es un modo de resistencia —declaró Yu—. ¿Cómo seguir lúcido en un mundo en el que se ha perdido la razón y que se deja arrastrar por el demonio de desposesión individual? Schubert está con

nosotros, aquí y ahora. Es nuestro contemporáneo. Es lo que siento profundamente.

Rei ya había vuelto a su banco después de comer una o dos masas remojadas en su té. Había regresado a su libro que claramente había terminado de leer; volvía sobre algunos pasajes y los releía con redoblada atención. Pero levantaba la cabeza cada vez que su padre tomaba la palabra, para prestar una atención creciente a lo que él decía aunque sin poder comprender lo suficiente el significado de esas palabras de adulto.

—En todo caso —continuó Yu con convicción—, creo que tiene sentido... que hoy, en 1938, en un rincón de Tokio, un cuarteto sino-japonés toque *Rosamunde* de Schubert..., mientras el país entero sometido a sus obsesiones belicistas parece estar devorado por el cáncer nacionalista que divide a los individuos entre un *nosotros* y un *ellos*...

—Pero, habla demasiado fuerte, Mizusawa-san —murmuró Kang.

—Perdónenme...

—¿Alguien quiere otro té? —preguntó Yanfen.

Cheng le acercó su taza.

—¿Y Mizusawa-san?

—No, gracias. Así está bien.

Yanfen se dirigió entonces al chico que iba pasando las hojas de su libro.

—¿Te gustaría un poco más de té, Rei-kun?

—Sí, por favor.

El chico dio tres grandes pasos para acercarse a Yanfen, quien llenó su taza.

—Cuidado, está muy caliente.

Yanfen, sonriente, le dio una masa a Rei, que le agradeció con timidez y volvió a su banco con la taza en la mano, midiendo sus pasos al caminar para no derramar el té.

—Tengo una pregunta para hacerles, a los tres —dijo Yu sin rodeos—, una pregunta que no tiene nada que ver con la música.

Los tres chinos se miraron, intrigados por el tono muy poco ceremonioso que su amigo japonés adoptó súbitamente.

—¿Por qué decidieron quedarse en Japón, cuando la mayoría de los estudiantes chinos que estudiaban aquí regresaron a su país el año pasado después del estallido de la guerra entre nuestros dos países? Es muy valiente de su parte...

Cheng tomó la palabra espontáneamente:

—Es verdad que muchos chinos volvieron a China desde el año pasado. Es una baja espectacular, creo. Pero también hay otros que llegan a pesar de la guerra. No muchos, pero los hay. El Centro Cultural nipo-chino sigue trabajando...

—No es exactamente una respuesta a la pregunta de Mizusawa-san —intervino Yanfen—. Por qué te quedas en Tokio a pesar de ciertas dificultades innegables, de algunos peligros incluso en el contexto actual de la guerra, esa es la pregunta de Mizusawa-san.

La construcción perfecta de la oración japonesa pronunciada por Yanfen con una claridad admirable como la de una locutora de radio despertó de nuevo la curiosidad de Rei. Levantó la cabeza, escrutó a los adultos que entablaban una conversación que ya no giraba en torno a la música de Schubert.

—Ya hace cuatro años que vivo en Tokio. Oficialmente, sigo siendo estudiante, pero tengo una vida que comienza a echar raíces aquí. Tengo amigos como ustedes a los que estoy muy apegado. Y también salgo con una japonesa con quien imagino un futuro en común...

Cheng se puso muy colorado como después de un vaso lleno de cerveza, cosa que lo ponía sistemáticamente en un estado de ebriedad soporífera.

—Es cierto —dijo a su vez Kang con voz tímida— que los dos países entraron en guerra abiertamente desde el incidente del puente Marco Polo. Pero no me identifico del todo con China. Soy chino, hablo chino, pero me considero ante todo un individuo libre de sus filiaciones. Hago un esfuerzo para convencerme de que primero, antes de ser chino, soy un ser humano. De la misma forma, tampoco asimilo mis amigos japoneses a su país. Me gustaría creer en un vínculo de amistad que va más allá de los antagonismos nacionales...

Las palabras pronunciadas pausadamente por Kang en un japonés un poco inseguro y colorido por un acento particular suscitaron una reacción

de parte de Yanfen. Rei, sentado en el banco con su libro en las rodillas, se levantó entonces despacio; se acercó a Yu, y de pie detrás de él, puso su mano derecha, con su libro contra el pecho, sobre el hombro izquierdo de su padre.

—Yo también pienso como Kang y por supuesto como usted, Mizusawa-san. Lo digo con toda sinceridad ya que quedará entre nosotros.

Yanfen bajó el tono de su voz.

—Con toda franqueza, estoy indignada contra el expansionismo colonial del Imperio japonés, pero no confundo sin embargo a los individuos con el Estado que los incorpora. En el mundo actual, estamos inevitablemente sometidos al Estado. Cada cual debería sin embargo definirse primero y ante todo como un individuo más allá de toda filiación. Obviamente soy china, hablo chino, pero no quisiera que me reduzcan a eso... Mi individualidad es no obstante otra cosa que lo que se define por el azar de mi nacimiento.

Absorto por las palabras de sus amigos, Yu había olvidado su té. Cuando vació su taza de un sorbo, el té estaba frío. Al apoyar la taza, se dirigió a los tres, mientras acariciaba la mano de su hijo que sentía sobre su hombro.

—Estoy profundamente conmovido por lo que dicen. Prefiero tener amigos como ustedes en un *país enemigo* más que tener una patria detestable y compatriotas rastreros que solo hacen juramentos por su filiación a esta patria. Estaré con ustedes, me quedaré con ustedes, aunque me acusen de ser “un mal súbdito japonés”, un “traidor de la nación”, un *hikokumin*.

La última palabra que su padre acababa de pronunciar, *hikokumin*, impactó vivamente a Rei, que no pudo evitar decirle a su padre:

—Papá, conozco esa palabra. La leí en mi libro. ¡Es la palabra que la banda de Kurokawa usa para moler a golpes a Kitami-kun!

—Es verdad, Rei —respondió Yu volviéndose hacia su hijo—. Es la palabra mágica que los poderosos de este país usan muchas veces para aplastar a quienes no los obedecen. Creen ocupar el centro del mundo y que *todo gira alrededor de ellos* como la gente influyente que Copérnico, justamente, criticó en su época. ¡Es una fea palabra que deshonra a quien la

pronuncia y no a quien le está dirigida! Estás de acuerdo conmigo: Kitami-kun tiene razón al decir que “no” a toda su banda que le ordena *someterse a ellos porque como son mayores, tienen razón y más autoridad*. Es una orden absurda ya que no se basa en la preocupación por distinguir lo justo de lo injusto. ¡Los que son más grandes no pueden tener razón por ser mayores! No saben cuánto se envilecen al usar esa palabra horrible.

Los amigos chinos, atónitos, escuchaban en silencio a Yu Mizusawa hablándole a su hijo.

—Y bien, tal vez sea tiempo de volver a encontrarnos con nuestro querido Schubert... —dijo Yu mirando de reojo su reloj. Una sonrisa luminosa se vislumbraba en su rostro.

En unos minutos todo quedó ordenado. Yu volvió a poner las cajas en su lugar. Cada uno fue a buscar su instrumento al cuarto trastero. Cuando los músicos rearmaron el semicírculo, Rei, por su lado, se había vuelto a sentar en el mismo lugar: otra vez sumergido en su libro, buscaba justamente la página donde aparecía la palabra *hikokumin*.

—¿Qué hacemos, Mizusawa-san? —preguntó Kang—. ¿Pasamos al segundo movimiento? ¿O seguimos un poco más en el primero?

—Eh, ¿qué piensan? ¿Quieren que empecemos con el *Andante*?

—Tal vez podemos pasar al segundo movimiento —propuso Yanfen—, aunque después volvamos al *Allegro ma non troppo*. ¿Cuál es tu opinión, Cheng?

—Sí, en lo personal, estoy impaciente por ver qué pasa con el *Andante*. Pero tal vez a Mizusawa-san le gustaría que nos detengamos todavía un poco en el primer movimiento...

—¡Todavía estamos lejos de haber terminado con el *Allegro ma non troppo*, pero estoy de acuerdo con empezar a explorar el segundo movimiento!

Después de un largo momento de vacilaciones que intrigó a los otros tres miembros del cuarteto, Yu volvió a hablar en un tono que no era del todo el mismo. Su mano izquierda sostenía su violín sobre el regazo, mientras su mano derecha, colgando, sostenía su arco casi al ras del piso.

—Salto de un tema al otro... tengo una propuesta para hacerles...

Rei, sensible a la inflexión liliputiense de la voz paterna, apuntó la mirada hacia su padre.

—Formamos un cuarteto. Tocamos Schubert juntos. Somos tan pequeños unos como otros frente a esta obra inmensa...

El colegial cerró su libro, no se movía; no sacaba los ojos de su padre.

—... pero hay una especie de asimetría que no es muy feliz para mí. Hablo de nuestra manera de estar juntos... Los tres me llaman Mizusawa-san por mi apellido, mientras que yo los llamo por su nombre. ¿Por qué no me llaman Yu-san?

—¿No es difícil en japonés, casi imposible, llamar a alguien por su nombre? —preguntó Kang apoyando con delicadeza su violín y su arco en el suelo.

—Eso es verdad. No es lo normal. O se hace en ciertas condiciones, en ciertas situaciones que tampoco podría explicar bien... ¡Pero es lo que hago con ustedes! Incluso podríamos planear llamarnos pura y simplemente por nuestro nombre sin agregar *san*, como en las lenguas europeas... ¿Es demasiado radical?

—¿Quiere que reine entre nosotros una gran libertad y una perfecta igualdad, propicias para liberar nuestras palabras? —le dijo Yanfen a Yu.

—Exactamente. ¡Que cada uno se defina simétricamente en relación con la lengua que tenemos en común! Deberíamos ser iguales ante la lengua y en la lengua...

Se instaló el silencio. Que Yanfen rompió. Había apoyado su instrumento y su arco sobre sus rodillas juntas, completamente disimuladas por el vestido.

—Ya que Mizusawa-san... no, Yu-san... no... ¡Ya que Yu insiste, tratemos de instaurar un nuevo espacio, una nueva manera de ser entre nosotros, por el uso sistemático de nuestros nombres respectivos! Creo que los nativos difícilmente pueden transformar su lengua ya que están encerrados dentro... ¡Son más bien los extranjeros los que pueden aportar cambios!

—Gracias, Yanfen...

Yu estuvo por decir “Yanfen-san”, pero se contuvo de ir hasta el extremo del automatismo arraigado: a las dos sílabas del nombre Yanfen no

le siguió más que un vacío sonoro que creó el impactante efecto de una brutal sustracción.

El chico, que había seguido con atención la conversación de los adultos, quedó estupefacto con el extraño efecto que produjo su padre y la joven china al llamarse por sus respectivos nombres.

Yu, animado por la inesperada audacia de Yanfen, prosiguió:

—Saben, aprendo francés con Philippe, a quien saludaron hace un rato... me dijo una vez algo que me impactó y que me hizo reflexionar... En francés se usan *las mismas palabras* con cualquier interlocutor... las palabras son las mismas para hablarle al mozo del bar, a un chofer de taxi, a un médico, a un profesor, y hasta a un ministro...

—¡Ah, ahí se vuelve complicado! —dijo Cheng con tono juguetón.

—Sí, me parece que no es algo evidente... Trato entonces de formular a mi manera lo que creo entender... Pienso que, para Philippe, la lengua, en este caso el francés, es un bien común que sus usuarios comparten equitativamente. Las relaciones sociales de superioridad y de inferioridad no están encastradas en la lengua... como en el japonés.

—Me parece que entiendo mejor —respondió Cheng sosteniendo su violonchelo apretado entre las piernas como si el hombre y el instrumento se enlazaran bailando.

—Compartir con todos la lengua como un bien común —declaró Yanfen—, facilita necesariamente las relaciones sociales horizontales que tienden a restringir la posibilidad de la dominación de unos sobre otros...

—Exactamente —dijo Yu volviéndose hacia Yanfen—. Es algo bueno, ¿no?

—Sobre todo en la actualidad, me parece —respondió la joven sonriéndole tímidamente a Yu.

—Imaginen una situación en la que hablo con un hombre importante, socialmente superior, un ministro por ejemplo, justamente... Y yo quisiera evocar a su padre: y bien, no puedo nombrar a su padre en francés de ninguna otra manera que por “su padre”. Para ese ministro, es lo mismo si quiere hablar de mi padre...

—Solo puede nombrar a su padre, al de usted, por “su padre” como en chino por otra parte... —agregó Cheng.

—... mientras que en japonés —señaló Kang a su vez—, debe necesariamente elegir una palabra adaptada a su *posición* respecto de su interlocutor...

—Sí, es eso, exactamente eso —aprobó Yu.

—Al igual que en japonés no podemos usar el pronombre personal “usted” de una manera universal —observó Yanfen—. Además, es una fuente de frustración para mí... siempre quiero usar el “usted” con alguien que está frente a mí... Pero sé que no es posible...

—Ah, sí —suspiró Cheng esbozando una sonrisa triste—, la imposibilidad de decir “usted” a alguien con quien estamos hablando...

—...

Después de un momento de silencio que reunió a los cuatro miembros del cuarteto en un recogimiento meditativo, Yu propuso dedicarse al segundo movimiento.

Sin esperar la respuesta de los demás, Yu volvió a ponerse el violín debajo del mentón.

Rei, con su libro cerrado sobre las rodillas, observaba a los adultos. Había seguido, con muchísima atención, toda la conversación de su padre y sus amigos músicos.

—Sí, empecemos —respondieron al mismo tiempo Kang y Cheng.

—El *Andante* es tan melancólico como el *Allegro ma non troppo* —dijo Yanfen—. Prosigamos entonces con nuestro acto de resistencia... ¿no es cierto, Yu?

Rei se sorprendió al oír el nombre de su padre irrumpiendo otra vez y vio dibujarse una sonrisa graciosa en el rostro apenas maquillado de Yanfen.

Los músicos se pusieron en posición. Cada uno, reteniendo el aliento, estaba listo para arrancar. Un silencio absoluto había caído en medio de ellos y se prolongaba. Rei, inmóvil como una carpa en el fondo de un estanque de invierno, no les sacaba los ojos de encima. Finalmente, Yu señaló el comienzo con un leve movimiento de cabeza que inició respirando apenas.

Una melodía simple, conmovedora, punzante, transparente como un río de lágrimas, comenzó a correr por las cuerdas del primer violín.



Fragmentos del cuarteto de cuerdas nº13 en la menor D. 84, op. 29, Rosamunde de Franz Schubert. Foto © IMSLP / CC.BY SA 4.0.

El colegial, como petrificado de asombro y admiración, era todo oídos y sentía subir en él, progresivamente, hasta detrás de sus orejas, un estremecimiento de emoción mezclado con una efusión de calor. Los cuatro instrumentistas, mirándose cada tanto con connivencia, sonreían como los niños esculpidos por Carpeaux. El primer violín seguía trazando delicadamente una línea melódica con una suavidad muy íntima, mientras los otros tres instrumentos la sostenían como un sólido pedestal que soporta una gran diosa de frágil cerámica.

De repente, la música de Schubert se desgarró por la irrupción de voces de hombres que articulaban ruidosamente palabras incomprensibles, y por pasos de botas que llegaban con violencia y subían en masa al primer piso.

De manera instintiva, Yu se levantó, se acercó a su hijo, con el violín y el arco en la mano izquierda. Lo tomó de su brazo izquierdo y le pidió que se escondiera inmediatamente en el gran armario. Rei se apresuró a hacerlo.

—¡No te muevas hasta que yo vuelva! ¿Está bien?

—¡Ah, Coper! —gritó Rei.

Yu se volvió, empuñó el libro que había quedado sobre el banco, se lo dio a su hijo ya instalado en el armario y cerró la puerta de inmediato. De un salto, fue al cuarto trastero, dejó su violín y su arco en el estuche y salió enseguida. De pie, apoyado contra la pared, respiró profundamente.

Los tres músicos chinos, asombrados, lo miraban sin decir ni una palabra. Él los miró a su vez y les sonrió.

Rei, en la oscuridad, se preguntaba qué pasaba, qué iba a pasar. ¿Por qué tenía que quedarse ahí, solo, en ese escondite oscuro? ¿Hasta cuándo? Por más que se hiciera preguntas, no surgía ninguna respuesta...

Muy rápido, escuchó alboroto. Para no hacer ruido de más, se sacó los zapatos que puso debajo de sus rodillas dobladas. El agujero de la cerradura brillaba como un astro en el cielo negro. Acercó su ojo derecho con delicadeza. Se detuvo de golpe a dos centímetros del astro. Este proyectaba sobre el iris un punto luminoso que se parecía a un planeta en órbita a su alrededor.

Parpadeó dos veces.

En el mismo momento en que Yu, después de haber dejado su instrumento en el cuarto trastero, iba a reunirse con los otros miembros del cuarteto, la puerta de entrada de la gran sala de reuniones se abrió con violencia. Entraron, haciendo ruido, cinco soldados en uniforme caqui, con un quepis del mismo color. El más bajo, fornido y velludo, con las manos cruzadas en la espalda, con aire altanero, se puso enseguida a inspeccionar el lugar a lo largo y a lo ancho. Mientras los otros soldados, derechos como íes y con el fusil entre las manos, se quedaron parados frente a Yu, que había vuelto entretanto junto a sus tres amigos chinos, cada uno de los cuales abrazaba su instrumento contra su cuerpo. El militar velludo abrió la puerta del cuarto trastero y la cerró después de una rápida ojeada sobre los objetos dispersos; pasó al lado del banco; avanzó hacia el armario macizo que escrutó largo rato como si nunca hubiera visto un mueble de esa naturaleza. El chico, escondido adentro, ya no se atrevía a mirar por la cerradura. Temblando de miedo, tenía la impresión de oír a través de la puerta la fricción del uniforme del soldado, y hasta su respiración, que exhalaba ruidosamente a un ritmo precipitado como la de un hombre loco de ira. El militar se acercó lentamente a los músicos vigilados por sus subalternos. Rompió el silencio examinando a Yu de pies a cabeza.

—¿Qué hacen acá? —dijo en un tono autoritario e impertinente.

—Hacemos música —respondió inmediatamente Yu—. Ensayábamos.

—¿Con las cortinas negras corridas?

—Es para concentrarse mejor. También es más tranquilo...

—¿Y qué tipo de música ensayaban?

—El cuarteto de cuerdas en *la* menor opus 29 de Franz Schubert, llamado comúnmente *Rosamunde*.

—Eso no es de por acá, ¿no?

—¿Y usted también hacía lo mismo? —le preguntó el militar a Yanfen, poniéndose frente a ella. La miraba directo a los ojos.

Rei no podía distinguir las palabras pronunciadas por unos y otros. Reconocía la voz de su padre, pero le costaba entender lo que decía. El flujo de palabras se interrumpió. Después de cinco o seis segundos que le parecieron muy largos, oyó de nuevo la voz cálida de su padre, que, extrañamente, parecía tener una tensión inusual.

—Sí, es mi mujer... Aiko. Toca la viola.

En el espacio de una décima de segundo, Yanfen miró a Yu furtivamente.

—Sí, alrededor de mi marido que es el primer violín —intervino Yanfen con una soberana seguridad—, ensayamos el cuarteto de Schubert desde hace varias semanas.

—¡Qué tal, tiene una mujer sorprendentemente joven! —comentó el soldado retacón con tono burlón.

Una risa simplona y sarcástica se dibujó entonces en el rostro de los soldados alineados, hasta ahora silenciosos e impassibles.

—Y los otros dos... ¿esos señores? —continuó el militar, desdeñoso.

—Los dos son —se apuró a explicar Yu, tartamudeando un poco—, son, son... los dos estudiantes becados del Centro de Estudios sino-japoneses. Son amigos. Tocan con nosotros para relajarse...

—¡Se codea con los malditos chinos! ¡Toca la música de *los blancos barbudos*, extranjeros dudosos! ¡Países enemigos! ¡Qué multiplicación de errores graves!

—Señor, sea respetuoso, por favor, con nuestros amigos invitados. Retire la palabra odiosa que acaba de pronunciar. Además Schubert es austríaco. Ahora bien, lamentablemente la Alemania nazi anexó a Austria. En consecuencia, la música de Schubert no es una música enemiga, se lo quiero aclarar..., señor.

El soldado velludo se acercó a Yu. Se había puesto muy colorado. Una furia sorda le enrojecía el rostro, que estaba a casi diez centímetros del de Yu.

—Estamos en guerra contra los malditos chinos. ¿Es el momento de hacer música despreocupadamente con sus *invitados*?

El militar, al pronunciar la palabra “invitados”, imprimía todo su odio crispado.

—El gran director de orquesta polaco Joseph Rosenstock vino a instalarse a Japón el año pasado para ocuparse de la Nueva Orquesta Sinfónica... la música europea se toca en Japón..., señor. La música atraviesa las fronteras, es patrimonio de la humanidad...

—¿No será un rojo, por casualidad? ¡Solo los comunistas hablan así!

Una rabia loca, destructora, se apoderó del hombre uniformado a tal punto que temblaba con todo su cuerpo.

Las palabras de su padre llegaban hasta adentro de la oscuridad del armario, resonando débilmente como las palabras de adiós que un viajero se esfuerza por comunicar a su bien amada a través del vidrio en el momento en que el tren está por arrancar. Rei no quería perderse nada de lo que venía de su padre, pero su atención estaba muy alterada por una voz desencadenada, fulminante, que le daba la sensación de sembrar el terror en toda la sala.

—No, señor, no soy comunista. Le digo simplemente lo que la razón me dicta...

—¿La razón le dicta? ¡Puj! ¡Un intelectualoide repleto de diplomas!

El soldado retacón, exasperado, le escupió en la cara. Yu se limpió el rostro con la manga de su saco.

—¿Ustedes cuatro de verdad están acá por la música? ¿No es por otra cosa? ¿La música no es una manera de camuflarse? Usted, no veo que tenga un instrumento.

—Señor, si usted quiere, puedo mostrarle mi violín. Lo dejé en el trastero, allá. ¿Me da permiso para ir a buscarlo?

Sin el aval del militar furibundo, Yu dio inicio a su desplazamiento.

Rei oyó pasos. Nadie hablaba, evidentemente.

Cuando Yu abrió la puerta del cuarto trastero, los soldados giraron hacia él y se pusieron en posición de ataque.

Él desapareció y luego reapareció en el marco de la puerta con su violín. Se acercó a los militares.

—Acá está mi violín, señor.

Yu le tendió su instrumento al hombre furioso. Este lo tomó entre sus manos, lo examinó como si descubriera y tocara un instrumento de cuerdas por primera vez en su vida.

—¿Cómo es su apellido, señor amigo de los chinos?

Los ojos del militar centelleaban de odio.

—Mizusawa.

Rei creyó escuchar su apellido pronunciado por su padre. Quiso ver lo que pasaba. El pequeño planeta se acercó de nuevo al astro.

—¡Qué falta de respeto, Mizusawa! ¡Respeto por soldados de Su Majestad Imperial!

Al pronunciar “Su Majestad Imperial”, el soldado retacón se puso en posición de firme dos o tres segundos como si estuviera de verdad delante de la autoridad soberana.

—¡Merece una lección!

Antes de que terminara de pronunciar “lección”, asestó un sólido puñetazo en el rostro de Yu. Este se cayó. Pero se volvió a levantar. En el mismo instante, el militar le dio un segundo golpe más fuerte que el primero. Yu se desplomó de nuevo. Yanfen se agachó entonces instintivamente para aferrarse a él al mismo tiempo que apoyaba su viola y su arco en el suelo. Lo tomó del brazo y apuntó su mirada brillante de furia sobre el asestador de golpes.

—¡Mi trabajo es enderezar *hikokumins* como usted!

Empujado por un odio salvaje, arrojó el violín al suelo con todas sus fuerzas y lo aplastó con sus pesadas botas de cuero. El instrumento de cuerdas, partido, aplastado, reducido a pedazos, dio unos extraños gritos de agonía que ningún animal moribundo hubiera podido emitir en un bosque de implacables cazadores.

Rei había asistido, a través del agujero de la cerradura, a toda esa escena insostenible sin poder entender suficientemente los intercambios entre su padre y el militar. Estaba conmocionado por la violencia que padecía su padre. Petrificado de miedo, hecho un ovillo sobre sí mismo, devastado por su impotencia de niño, se consumía en la oscuridad de su escondite. Solo vibraban en el fondo de su conducto auditivo la monstruosidad espantosa de

la palabra *hikokumin* y los sonidos evanescentes, quejosos y disonantes del violín moribundo de su padre.

Alguien acababa de llegar. Rei, sosteniendo su libro entre las manos, aguzó el oído. Un ruido confuso de pasos y palabras. Del magma sonoro se desprendió de pronto la voz fuerte del militar salvaje: “¡Mi teniente!”.

Un militar alto, esbelto, de aire plácido y serio, con un sable de costado, entró acompañado de varios soldados. Inmediatamente, al volverse hacia él, el militar retacón y velludo así como también los otros cuatro soldados esbozaron una reverencia.

—¡Descansen! No hay nadie en el primer piso, nada anormal, nada sospechoso. ¿Qué es lo que pasa acá, Tanaka?

Tanaka —ese era el nombre del terrible soldado, se dijo Rei en las tinieblas de su escondite—, conservando su postura erguida, los talones juntos, los brazos al costado del cuerpo, respondió a quien acababa de hacer su aparición:

—Mi teniente, interrogaba a estos individuos sospechosos sobre lo que estaban haciendo acá con las cortinas negras corridas. Pretenden hacer música juntos, pero, en lo personal, estoy tentado en creer que mantenían una reunión clandestina que disimulaban bajo la apariencia de un ensayo musical...

Con aire interrogativo, el teniente escuchaba el informe de su subalterno, mirando el violín destruido y tirado en el piso. Su mirada se posó también en las cuatro personas que estaban allí, de pie, sumidas en el silencio, claramente desconfiadas, hostiles al mismo tiempo que asustadas. El teniente notó que la joven mujer le daba el brazo al que tenía el rostro hinchado, el pelo desordenado, con sangre goteando de la boca. El teniente interrumpió a Tanaka señalando con el mentón el instrumento roto.

—¿Por qué este violín dañado?

—Yo lo hice, mi teniente.

—¿Por qué?

—Porque este —respondió el caporal señalando con el índice a Yu— tuvo un comportamiento irrespetuoso con los soldados de Su Majestad Imperial.

Tanaka, como unos minutos antes, se puso en posición de firme en el instante preciso en que pronunció “Su Majestad Imperial”.

—Usted no sabe entonces, caporal Tanaka, lo que puede costar un violín, lo que puede contener de esfuerzo humano... —dijo el teniente con voz calma, con un poco de decepción.

—Quise, mi teniente, corregir a un irreverente, un *hikokumin*, un comunista que hace música con los malditos chinos, mientras estamos en guerra...

La palabra *hikokumin*, pronunciada otra vez por la voz atronadora del militar cruel, que llegaba a oídos de Rei, aterrorizó al colegial, hecho un ovillo y encerrado en el reducto cavernoso y oscuro del armario.

El teniente, volviéndose hacia el hombre herido, le preguntó cortésmente por el nombre de la obra que ensayaban.

—El cuarteto de cuerdas de Schubert, opus 29, D. 804, señor.

—*Rosamunde*.

—Sí, exacto. ¿La conoce?

—Sí, un poco. ¡Es una obra magnífica!

—Sí, absolutamente. Trabajamos en esta música desde hace varias semanas. Mi esposa Aiko y nuestros dos amigos chinos, el señor Kang Song y el señor Cheng Wang.

El teniente se inclinó apenas al dirigirles un saludo militar. Los dos hombres y Yanfen, que seguía con su brazo en el de Yu, inclinaron la cabeza discretamente.

—Entonces, ¿este es su violín? —preguntó el teniente, con aire a la vez apenado e incómodo.

—Sí... Está en un estado lamentable, el pobre...

El teniente veía, a través de la tapa armónica resquebrajada, el alma partida en dos.

—¿Es un violín antiguo de un maestro luthier?

—No es un Stradivarius por supuesto —respondió Yu esbozando una sonrisa algo incómoda e irónica—, pero es un instrumento antiguo hecho

por un luthier francés que se llama Nicolas François Vuillaume. Data de 1857. No creo que sea un violín de mucho valor. No sale muy caro, mucho menos, en todo caso, en relación con los violines de su hermano mayor Jean-Baptiste.

—¿Usted es el primer violín, señor...?

—Me llamo Mizusawa. Sí, soy el primer violín.

Rei sintió un escalofrío en la oscuridad sepulcral del armario al captar su apellido pronunciado por la voz de barítono de su padre.

—Señor Mizusawa, ¿podría tocar algo para mostrarnos que realmente estaban tocando música? Sería ideal que nos brinde el placer de interpretar *Rosamunde* con su mujer y sus amigos, pero, por desgracia, su violín está en este estado lamentable por causa de una desafortunada incompreensión...

Al teniente le pareció oír detrás de él ínfimos roces de uniformes e imperceptibles alteraciones de aire provocadas por algunos movimientos respiratorios apenas audibles, mientras en el rostro del caporal Tanaka, que acababa de rascarse la garganta en dos oportunidades, podían verse brotar contracciones nerviosas y pequeñas erupciones en la piel.

—Puedo tratar de tocar una pieza de Bach, si el señor Song quiere prestarme su violín...

—¿Aceptaría prestarle su instrumento, señor Song? —preguntó educadamente el teniente.

—Con gusto. No está sin dudas a la altura de su talento, señor Mizusawa, pero no puedo sino alegrarme si toca Bach con mi violín.

Kang le dio su instrumento a Yu.

—Gracias, Kang. Voy a buscar mi arco, si me lo permite.

—Por favor, señor Mizusawa.

Yu se separó del brazo de Yanfen, con un gesto tierno sobre el hombro. Luego, se dirigió al cuarto trastero y volvió con su arco. Afinó el violín haciendo girar ínfimamente las cuatro clavijas con los dedos de la mano izquierda, mientras que el arco que sostenía la mano derecha golpeteaba sobre cada una de las cuatro cuerdas una tras otra; por momentos tocaba también el afinador. Por fin, al cabo de un largo minuto, estaba listo. Cerró los ojos, respiró profundamente. Después volvió a abrir los ojos.

—Comienzo.

Yu destinó una sutil sonrisa tierna a sus amigos músicos y saludó al teniente con una leve inclinación de cabeza.

Apoyó su arco sobre las cuerdas. Una música meditativa, calma, serena, profunda, de una claridad transparente, se elevó lenta en el silencio casi religioso que nada turbaba, que nadie se atrevía a romper.

Agachándose, irguiéndose, balanceando su cuerpo de derecha a izquierda, Yu tocaba con los ojos cerrados. La pieza había comenzado con un tema saltarín, jovial, alegre, como para acompañar a un adolescente de la ciudad que salió a pasear por el campo, una mañana de sol, con el impulso de la alegría de existir y el estímulo de la curiosidad por descubrir la belleza del paisaje circundante. En un momento dado, la música había cambiado de color y de atmósfera, como si tradujera la inquietud reprimida del adolescente al ver acumularse súbitamente una gran nube negra en el cielo, radiante unos minutos antes. Pero no era más que un ensombrecimiento pasajero. Poco después, reaparecía el tema animado del principio. ¿Cuántas veces lo habían escuchado, ya, ese motivo sonriente, chispeante? Sentían, en ese regreso insistente, en ese deseo de *bordarlo* indefinidamente, el inalterable apego del compositor a esa pequeña melodía juguetona, como el afecto incondicional que sentimos por una canción simple que aprendimos en la infancia, palpitando en nuestro interior de manera ininterrumpida como una fuente de agua inagotable, dispuesta a manar a todo momento desde la edad tierna hasta la vejez avanzada. Pero la balada debía llegar a su fin. La música se volvió lenta de golpe. El cuerpo del violinista, oscilando de derecha a izquierda, de izquierda a derecha, se inclinó de repente como si necesitara concentrar toda su energía sobre la definición de la última entrada del tema hasta ahí moldeado de varias maneras sutilmente diferenciadas. La pieza había durado apenas tres minutos. Tres minutos durante los cuales las notas de música se desgranaban como una sucesión de gotas de agua plateadas sobre una hoja de bambú después de un fuerte chaparrón. Cuando el arco se separó de las cuerdas, a la última nota le siguió un largo silencio.

Yu volvió a abrir los ojos y miró a sus amigos. Se escucharon unos tímidos aplausos, rápidamente reprimidos. El teniente, que había escuchado la música de una punta a la otra, con los ojos cerrados, la cabeza gacha y las manos unidas una con la otra detrás de la cintura, miró al violinista.

—*Partita n° 3 en mi mayor* de Juan Sebastián Bach, la *Gavotte en rondeau* —dijo el teniente, con voz temblorosa.

—Si hubiera sabido, me hubiera preparado... Ahora, tengo un poco la sensación de haber arruinado esta obra maestra...

—No, señor Mizusawa, tocó magníficamente bien.

Yu creyó ver, en los ojos del militar de pie justo debajo de la luz tenue del neón, el rastro discreto de un desbordamiento lacrimal.

—¿Es músico profesional? —prosiguió el teniente.

—No, soy profesor de inglés. Toco el violín como un simple aficionado. Me gusta la música. Considero que la música, aunque haya surgido en otra cultura, en un país con el que estamos en guerra, forma parte del patrimonio de la humanidad...

—El *Rosamunde* y la *Gavotte* van a vivir mucho más tiempo que nosotros, eso es seguro. En todo caso, muchas gracias, señor Mizusawa, por haber tocado para nosotros. Creo que ahora está claro que el señor Mizusawa y sus amigos tocaban música juntos aquí. Ya no hay sospechas, ¿no es cierto, caporal Tanaka?

El militar interrogado no respondió, tieso como un cirio desde la aparición del teniente, mirando al vacío y temblando por el nerviosismo contenido.

En ese momento un soldado entró precipitadamente en la sala y se dirigió al teniente.

—Mi teniente, soy el encargado de transmitirle una orden del Cuartel General.

—Sí, ¿cuál es la orden?

—Todos los sospechosos interrogados deben ser trasladados sin excepción al Cuartel General, mi teniente...

—¿Todas las personas interrogadas?

—Sí, mi teniente.

—¿Sin excepción?

—Sí, mi teniente.

El rostro del caporal Tanaka se distendió un cuarto de segundo. El militar retacón, al que su superior no se atrevía a mirar, se regocijaba en su fuero interior sin engendrar la más mínima turbulencia en el orden aparente de las cosas. Cada uno, sin embargo, escuchaba el revuelo silencioso de su risa sarcástica.

—Ha escuchado, señor —dijo en voz baja el teniente acercándose a Yu —, estoy obligado a conducirlo al CG. Su mujer y sus amigos también. Espero que los liberen con rapidez.

—¡Caporal! —gritó el teniente.

—Sí, mi teniente.

Tanaka, enderezando su cuerpo otra vez, llevaba la mirada al quepis de su superior.

—Ocúpese de trasladarlos al CG. Vayan.

—Sí, mi...

Antes de que el caporal terminara su respuesta, Yanfen intervino con frialdad mientras volvía a tomar su instrumento, que había dejado en el suelo cuando el militar violento había golpeado a Yu.

—Concédanos, por favor, señor, el tiempo para guardar nuestros instrumentos.

—Por supuesto, señora. Adelante, se lo ruego.

Yanfen y los otros dos músicos fueron sin decir palabra al cuarto trastero y dejaron allí sus instrumentos. En cuanto salieron, el caporal Tanaka ordenó a sus hombres que escoltaran a *la pareja sospechosa y a los malditos chinos*. En unos segundos, la sala estaba vacía. Solo quedó el teniente, rodeado de un silencio repentino, alterado únicamente por el ruido de los pasos que se alejaban.

Su mirada se detuvo en el violín mutilado. Se agachó. Lo tomó delicadamente entre sus manos, ese cuerpo sufriente con las cuatro cuerdas distendidas que dibujaban curvas atormentadas como las de los tubos y los hilos de una conexión eléctrica que cubren el rostro de un accidentado grave o de una víctima de un bombardeo indiscriminado. Se preguntó lo que debía hacer con eso. Notó que había, en el fondo de la sala, al lado de un banco con respaldo, un armario de estilo europeo cuya solidez silenciosa lo incitó a preguntarse cómo y por qué había aterrizado en esa sala de un oscuro centro cultural municipal. Avanzó hacia él. Detuvo sus pasos delante del mueble cuya altura era sensiblemente inferior a su estatura. Puso, entonces, con todo el cuidado necesario, el violín sobre el banco con respaldo a la izquierda del armario, como si dejara un bebé dormido muy suavemente en un moisés. Después, como si lo hiciera disculpándose por un gesto indiscreto, abrió lentamente la puerta cuyo borde superior sobrepasaba apenas la altura de su pecho. La luz penetró en el armario, dividió su espacio interior de partes desiguales en una zona de sombra y una zona de claridad introduciendo una línea de fractura oblicua. Los pies de un niño cubiertos con medias verdes entraron en su campo de visión. Quedó estupefacto por la repentina aparición de la piel blanca de las piernitas desnudas hasta las rodillas. Una mano infantil, temblorosa, se apoderó tímidamente de un libro justo al lado de sus pies.

El teniente apenas tuvo tiempo de leer el título: *Dime cómo vives*. Se acuclilló lento, muy lento, como si dudara... Sus ojos, brillantes como los de una gata que acecha en las tinieblas, encontraron los de un chico, lívido de miedo. Le sonrió, porque no quería asustarlo. Luego se inclinó hacia el banco de al lado, a la izquierda, y tomó el violín. De pronto, se oyó una voz

de hombre gritar a lo lejos, similar al sonido de una trompeta que toca en las bambalinas de un teatro:

—¡Kurokami! ¡Kurokami!

Maquinalmente, el teniente giró la cabeza como si se preguntara de dónde venía la voz con exactitud, como si buscara identificar al autor del llamado. Una crispación nerviosa surcaba su rostro. Sin decir palabra, le dio al chico el violín roto, casi aplastado, que, con sus cuatro cuerdas dibujando un contorno abombado, tenía en la oscuridad el aspecto de un pequeño animal sufriente. El chico dudó, pero, al final, tomó con mucho temor el instrumento averiado con sus dos manos.

—¡Kurokami! ¡Teniente Kurokami!

El teniente creyó reconocer la voz del capitán Honjo.

Se apresuró a cerrar la puerta mientras miraba fijo, una última vez, al chico tembloroso. A la mirada inquieta y desamparada que él le lanzó le siguió un esbozo de sonrisa que contuvo rápido ante la llegada de quien acababa de gritar su nombre.

—¡Ah, ahí estás! ¿Qué carajo estás haciendo ahí, Kurokami? Nos vamos, no hay tiempo de remolonear.

—¡Sí, mi capitán! Perdóneme, verificaba que no se hayan olvidado de nada...

En la oscuridad del armario, Rei oyó con claridad una dura voz de hombre que creía que era la del hombre que había gritado “¡Kurokami!” unos instantes antes. Se sorprendió al escuchar el nombre Kurokami, ya que estaba lejos de imaginarse que “negro (*kuro*) pelo (*kami*)” pudiera ser un apellido. El hombre articulaba, con un tono autoritario o como alguien demasiado encolerizado, palabras que el chico no comprendía muy bien. Le daba miedo. Otra voz de hombre le respondía de manera pausada, tranquila, casi dulce. ¿Era la voz del que le había dado el violín?

Poco a poco las voces se alejaron. Los pasos también. Rei permaneció en la oscuridad. Pronto ya no escuchó nada más. O más bien, escuchaba a lo largo de los túneles de sus oídos como el canto débil y obstinado de las cigarras que iban a morir. Era el acúfeno, palabra que había aprendido recientemente de su padre. Era el ruido del silencio... Miró por el agujero de la cerradura. La sala estaba oscura por las cortinas negras corridas, pero

lo bastante iluminada por las luces de neón como para convencerse de que ya no había nadie. ¿Qué hora sería? Todavía no era del todo de noche, pero empezaba a tener hambre. Aguzó el oído... y se aseguró de que de verdad ya no hubiera nadie, ni la sombra de un gato. Levantó entonces el pestillo con la mayor suavidad posible y empujó la puerta tratando de no provocar ni el más mínimo chirrido. Pero rechinaba... ¡Silencio!, se dijo. Esperó un poco... Nada nuevo, todo seguía igual de silencioso. No había nadie más. Se volvió a poner los zapatos de tela que se había sacado para no hacer ruido. Salió de su escondite con el violín destruido entre las manos y su libro en el bolsillo del pantalón. Dio unos pasos tímidos, le costaba caminar: ¡ah!, ¡sentía hormigas en las piernas! Se detuvo. Esperó tres segundos. Siguió caminando. Cruzó la gran sala y se dirigió a la salida. Empujó, con todo su cuerpo, la pesada puerta de entrada. Estaba ahora de pie delante del edificio del Centro Cultural Municipal. Alzó los ojos al cielo. El día se estaba yendo. El velo de la noche empezaba a cubrir el cielo moteado de nubes. Separado de su padre, se sentía solo, desamparado. Tenía un nudo de lágrimas en la garganta. Una fuerza negra, enorme, lo aplastaba y proyectaba sobre él sombras sin forma, opresivas. La gente pasaba por la calle. Unos soldados de la policía militar patrullaban con el fusil al hombro. Rei no veía ni un solo chico a su alrededor. ¿Dónde estaba papá? ¿Volvería aquí? ¿O iría directamente a casa? Tomó la calle que iba para el lado de su casa. Aceleró el paso... llevando el violín destruido, parecido a un animal herido de gravedad que él quería proteger contra el depredador, contra las maldades diabólicas de un cazador desalmado.

Las siluetas humanas empezaban a escasear a medida que la noche reemplazaba el día. Rei caminaba desde hacía más de diez minutos para llegar a su casa situada a veinte minutos aproximadamente del Centro Cultural. Había tomado varias callecitas que se confundían como dentro de un laberinto, pero como había hecho el camino varias veces con su padre, no le costaba demasiado volver a su casa.

Cuando llegó a un pequeño cruce donde la lámpara desnuda de un farol iluminaba pálidamente el extremo de una cerca de bambúes que escondía el tronco de un joven cerezo, distinguió la presencia de un perro *shiba* que, sin collar ni correa, permanecía inmóvil detrás del fanal de pie, con las orejas triangulares bien erectas, mirando fijo al colegial y moviendo de izquierda a derecha su cola naturalmente enrulada sobre el lomo. Rei caminó más lento. Tenía miedo de que el perro, asustado por el acercamiento de un humano en la penumbra, saltara sobre él y lo mordiera con todos sus dientes. Rei se movió de manera tal que su mirada no se cruzara con la suya. Pasó muy delicadamente, haciendo como si no fuera consciente de la silenciosa atención del animal. Avanzó así unos veinte metros, y luego, sin dejar de caminar, se dio vuelta con miedo para ver si había podido escapar a una eventual persecución del *shiba*. Pero no, ahí estaba, detrás de él, a una distancia de solo cinco o seis metros. El chico aceleró el paso, y después se detuvo de golpe. Entonces el perro también se detuvo. No le sacaba los ojos de encima. El colegial se dio cuenta de que la cola enrulada del *shiba* se movía siempre como el péndulo de un reloj. Siguió caminando, hizo unos diez metros y se dio vuelta otra vez. Lo mismo. El perro lo había seguido y estaba siempre detrás de él a una distancia igual a la que había observado cuando se había detenido y dado vuelta unos instantes antes. Rei se dio

cuenta de que el animal no quería lastimarlo. Ahora estaba muy cerca de su casa. Se agachó y miró al perro al que el fanal colocado a unos metros de ahí daba unos tonos cobrizos. Entonces el perro se acercó lentamente al chico. La cabeza del animal y la del chico de once años, a unos cincuenta metros del suelo, se tocaban casi como si fueran a besarse. Se miraron en silencio. Finalmente, Rei se atrevió a tenderle la mano. El perro hizo lo mismo después de dudar un segundo.

—¿También estás solo?

Rei sostuvo durante un rato largo la pata blanca del *shiba* en su mano. Se veían sus dos sombras confundidas y superpuestas sobre la superficie irregular de la callecita de tierra apisonada.

—¿Vas a venir conmigo?

Rei se puso de pie, empezó a caminar y desde lo alto miró profundamente al perro que, con toda naturalidad, se colocó al lado de su pierna izquierda y elevó sus ojos plácidos hacia el rostro del colegial.

—¡Vas a venir conmigo! ¿No vas a volver a tu casa? ¿Estás solo como yo?

El niño se detuvo, se agachó y tomó con sus dos manos el cuello del perro que, lejos de ofuscarse, no opuso ninguna resistencia. Sus ojos se encontraron. El animal no se movía, mientras el chico creía reconocerse en sus pupilas bien abiertas como una gran llama danzarina. De pronto, el perro lamió el rostro del niño, mientras profería pequeños gemidos desarticulados.

—Está bien. Vamos —dijo Rei.

Unos minutos después, llegaban a una puerta corrediza de madera. Era la entrada de la casa de Yu Mizusawa como lo indicaba la pequeña placa de madera colocada por encima de la puerta y sobre la que cuidadosamente se encontraban caligrafiados los tres ideogramas correspondientes a su nombre y apellido. Era una caseta de tablas pintadas de negro que Yu Mizusawa alquilaba al lado de otra, similar. Las dos juntas parecían sumergidas en una oscuridad de tinta que iluminaba fantasmagóricamente la luz naranja de un miserable farol de madera.

—Acá es mi casa. *Otoosan* (mi padre) todavía no volvió. No puedo abrir la puerta, él tiene la llave. Vamos a esperarlo acá.

El *shiba* escrutaba a Rei mientras este le hablaba como si se convenciera del regreso inminente de su padre. El otoño se iba profundizando poco a poco, el termómetro bajaba a una temperatura que hacía tiritar una vez que caía la noche. Rei empezaba a tener frío. El short que llevaba —el domingo, como muchos de sus compañeros, siempre usaba short hasta el inicio del invierno— no ayudaba en nada. Se acurrucó sobre sí mismo contra la puerta doble corrediza. El perro se había sentado hasta entonces sobre sus patas traseras, pero en el momento en que el chico se encogió frioleramente sobre sí mismo, se deslizó con delicadeza entre su pecho y sus piernas plegadas. Rei sintió propagarse un calor que se desprendía del vientre del perro, que, unos segundos después, cerraba los ojos. El chico se hundió enseguida en el sueño.

—Rei-kun, ¿qué estás haciendo acá?

Una voz de hombre despertó al chico. este levantó la cabeza frotándose los ojos.

—Ah, *Filippu-san*...

—¿*Nanishiteruno, kokode, konna jikan ni, hitoride?* (¿Qué estás haciendo, acá, solo, a una hora como esta?)

El *shiba*, pegado al cuerpito de Rei, giró de repente la cabeza y miró fijo el rostro atónito del visitante nocturno con ojos inquisidores.